

# La obediencia al laboratorio

¿Cómo actuamos ante la autoridad? En los 60, un experimento dio base a la tesis de la banalidad del mal de Hannah Arendt. Pero nuevos análisis e información lo relativizan.



La película inglesa "El experimentador", dirigida por Michel Almereyda, cuenta la vida del psicólogo Stanley Milgram.

Mariano Turzi

28/12/2018

El año 2018 cierra con líderes fuertes gobernando sobre la mayor parte de la Tierra. Narendra Modi en India, Bolsonaro en Brasil, Donald Trump en Estados Unidos, Vladimir Putin en Rusia y Xi Jinping en China, junto a otros como Recep Erdogan en Turquía, Viktor Orban en Hungría o Rodrigo Duterte en Filipinas, gobiernan sobre la mitad de la población mundial con un contrato social que intercambia orden por obediencia.

¿Unas pocas palabras de aliento de una figura de autoridad alcanzan para que los individuos aceptemos órdenes sin más? En 1954 el Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad de Harvard tomó la inusual decisión de admitir a un estudiante que no había tomado un solo curso de psicología.

Era Stanley Milgram, pionero en el desarrollo de la psicología social y hoy número 46 en la lista de los 100 psicólogos más eminentes del siglo XX para la American Psychological Association. Milgram se hizo conocido por su trabajo sobre la conformidad.

A través de un experimento, buscó probar los límites de la obediencia a la autoridad. El sujeto –reclutado por medio de un aviso en el diario– era convocado por un “Mr. Williams”, que al arribar le explicaba que la exploración era sobre el efecto del castigo en el aprendizaje.

Así, el voluntario debía ser el “maestro” en una prueba de memoria, entrenando e interrogando a un alumno. Cada vez que el alumno daba una respuesta incorrecta, el maestro debía dar una descarga eléctrica, aumentando el voltaje con cada error.

En un cuarto, Williams ataba al alumno a una silla, le colocaba electrodos en las muñecas y le mostraba cómo indicar las respuestas (moviendo un interruptor para iluminar una luz). En la otra habitación, el maestro estaba frente a la consola de descargas ascendentes.

Una vez que la prueba comenzaba, si el maestro dudaba o se resistía, Williams los instaba a continuar con cuatro órdenes cada vez más autoritarias, desde “continúe por favor, maestro” hasta “no tiene opción, maestro, debe continuar”. A 75 voltios, se podía escuchar al aprendiz a través de la pared contigua, gruñendo de dolor; a los 120 hubo fuertes quejas; a los 150 el alumno exigió ser liberado; a 285 gritaban de agonía.

Más allá de eso no se escuchaba nada y él asumía que los alumnos estaban inconscientes. Aún así, la mayoría de los maestros elevaban el voltaje hasta alcanzar el máximo. Sin saberlo el maestro, las descargas eran falsas.

Incluso los gritos eran una grabación. Nadie sufría en realidad daños físicos. El alumno trabajaba en realidad para el laboratorio y el estudio era sobre cuán obediente a la autoridad sería el maestro.

¿Qué resultados arrojó el experimento Milgram? Más del 65% de los sujetos administraba lo que pensaban que podría ser choques fatales a un extraño inocente. Además, cuando Williams vestía una bata blanca, el halo de autoridad científica que ello le confería reafirmaba su poder, profundizando la obediencia hasta voltajes más altos y reduciendo la resistencia de los maestros.

De allí Milgram encontró sustento para una supuesta tendencia humana a obedecer órdenes emitidas por una figura de autoridad. La conclusión más general y escalofriante fue una tendencia natural del comportamiento humano a ser controlado por las exigencias de la situación –comerciales, políticas o militares– que por una individualidad libre o autónoma. Milgram había sido profundamente influido por el informe de Hannah Arendt sobre el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén. La tesis de Arendt sobre “la banalidad del mal” sugería que la Shoah fue el producto de un gran número de personas que simplemente realizaban su trabajo y que obedecían órdenes mecánica y acríticamente.

Los actos malignos pueden venir de la gente común siguiendo órdenes en sus puestos de trabajo, sin necesariamente plena conciencia o convicción sádica o inmoral. Y Milgram pareció encontrar en sus experimentos el sustento empírico para esa hipótesis.

En el “estado agente” –la denominación propia de Milgram– las personas se vuelven autómatas sonámbulos y sus conciencias se evaporan ante las instrucciones de una autoridad. El experimento dramático revela la naturaleza sombría del ser humano.

El vínculo entre los perpetradores del Holocausto y los voluntarios de Milgram dio al experimento una resonancia inmediata. Mr Williams había recreado la banalidad del mal en el laboratorio.

Sin embargo, así como la banalidad del mal ha sido desafiada en los últimos años como explicación teórica por varios académicos (Brannigan, Lang, Cesarani Haslam y Reicher), el descubrimiento de los diarios personales del psicólogo ha hecho aflorar este año nueva evidencia que hace cuestionar las conclusiones de las pruebas. Los 780 experimentos fueron grabados y se guardaron 158 cajas de papeles en Harvard.

La psicóloga Gina Perry ha revisado nuevamente esta información y descubrió que aspectos clave del trabajo de Milgram habían sido obviados o eliminados por el propio Milgram. Por ejemplo, la famosa conclusión del 65% en realidad proviene del primero de los 780 experimentos en el que participaron sólo 40 voluntarios varones. Es endeble el argumento de haber descubierto un hecho universal sobre la naturaleza humana basado en 40 observaciones.

En más de la mitad de las 23 variaciones que se llevaron a cabo, la mayoría de los voluntarios desobedecieron a Williams y se negaron a continuar. En uno de los diarios privados de Milgram hallados por Perry, él mismo se pregunta si sus experimentos son “ciencia significativa o simplemente teatro efectivo”.

El equipo también dio forma no científica a los resultados: en los primeros experimentos, los voluntarios que resistieron cuatro veces fueron clasificados como desobedientes y el experimento terminó. Pero en los subsiguientes, ese mismo comportamiento fue ignorado. La naturaleza humana se cuele también de manera esperanzadora: los maestros intentaron todo tipo de estrategias para evitar lastimar al alumno: abogan, discuten y desafían a Williams, se ofrecen a cambiar de lugar, enfatizaban la respuesta correcta como pista esperando que el alumno se diera cuenta y no se equivocara, y hasta incluso llegan a engañar, dando choques más bajos de lo que se debía en cada instancia. Milgram, con sus experimentos, nos recuerda la interpelación del Guasón a Batman cuando le dice que “la locura es como la gravedad, lo único que requiere es un empujoncito”.

Experimento de Stanley Milgram sobre la Obediencia:

<https://www.youtube.com/watch?v=uklaApYOS-4>